

El diálogo y la reivindicación teórica del sujeto y la subjetividad. Una perspectiva bajtiniana sobre la vida social, el discurso y la comunicación

Dialogue and the theoretical vindication of the subject and subjectivity. A Bakhtinian Perspective on Social Life, Discourse and Communication

Raúl Ernesto García Rodríguez

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (México)

Resumen. En el presente texto se hace una reivindicación teórica de la noción de sujeto y de subjetividad presentes en el pensamiento dialógico de M. Bajtin y se establecen sus conexiones con los postulados tempranos del pensamiento de K. Marx. Se analiza el problema de la comunicación no sólo en su dimensión intersubjetiva y cultural sino como condición clave para la interpretación de la realidad en su devenir. Por último se aborda la concepción bajtiniana de la relación entre el sujeto y los llamados géneros discursivos que, en tanto espacios transicionales de la enunciación en su multiplicidad, regulan y matizan las expresiones del habla individual y acotan las prescripciones del sistema lingüístico-discursivo total en el que funciona el sujeto mismo inserto en la vida social.

Palabras-clave: diálogo, sujeto, subjetividad, comunicación, discurso, Bajtin

Abstract. This text presents a theoretical vindication of the notions of subject and subjectivity found in the dialogical thought of M. Bakhtin, and seeks to establish their connections to early postulates of the thought of K. Marx. It thus analyzes the problem of communication not only in its intersubjective and cultural dimensions, but also as a key condition for the interpretation of the reality to come. Finally, the article examines Bakhtin's conception of the relation between the subject and the so-called discursive genres which, as transitional spaces of enunciation in all of its multiplicity, regulates and nuances expressions of individual speech while delimiting the prescriptions of the total linguistic-discursive system in which the subject itself, inserted in social life, functions.

Key-words: Dialogue, Subject, Subjectivity, Communication, Discourse, Bakhtin

Sujeto y subjetividad en el pensamiento *dialógico* de Bajtin

Lo que define al ser humano en tanto tal, es la relación que establece con el otro en el actuar cotidiano. No es posible concebir la realidad humana al margen de las relaciones que unos establecen con otros y sólo con la participación, la voz, la mirada del otro, es que se obtiene la sensación del sujeto como relativa *totalidad*. La noción de persona *entera*, pasa necesariamente por la percepción-valoración-afectación de los demás. Vivirse como sujeto significa un proceso a través del cual el individuo puede interrogar, responder, relacionarse de diferente manera, acordar, disentir, *dialogar*. El sujeto reconoce al otro y al unísono se reconoce diferencialmente a sí mismo *por* el otro. El sujeto tendrá entonces un lugar simbólico y corporal propio, aunque marcado por el entrelazamiento ineludible con quienes lo rodean dinámica y conflictivamente. En todo caso para Bajtin (1924, 1997), el yo queda *fundamentado* en su relación con el otro a través de la teoría del acto ético; reflexión en virtud de la cual, en cada acto o vivencia personal, como instante irrepetible de la existencia del propio sujeto, resuena una condición de responsabilidad, en tanto que su realización contribuye inapelablemente a una construcción vital específica y única, que afecta también a quienes entablan relaciones con dicho sujeto.

El sujeto actúa en el mundo compartido: constituye un *yo* que se contacta con un *tú* a través del cual el *yo se completa* (transitoriamente), pero también *se diferencia* de ese *tú*. Pero sucede que para Bajtin el ser humano no tiene *coartada*: la acción realizada está llena de responsabilidad. Dicha acción no estará circunscrita a una presunta capacidad individual aislada, digamos a una *persona absoluta*; antes bien, la actualidad personal es ya, de uno u otro modo, *respuesta-responsable* a la actualidad de los demás. El acontecimiento se construye en el mundo como coparticipación subjetiva y situacional. El mundo es un plexo dialógico-existencial. Si bien en Bajtin el aspecto ético en la conformación de la subjetividad constituye uno de los aspectos centrales de su pensamiento, es pertinente señalar que se trata de una reflexión ética-responsable-situada: esto es, una reflexión que defiende una responsabilidad fundante y concreta de las relaciones intersubjetivas en su situación histórico-social específica. El problema del sujeto y de la subjetividad en la asunción compleja y conflictiva del acontecimiento, constituye en Bajtin un aspecto clave de su obra. Bajtin elabora sin duda una concepción crítica del sujeto y sus límites en las relaciones sociales y en su capacidad para el autoconocimiento. Reivindica la idea de un sujeto no esencialista ni trascendental *per se*, cuya producción de subjetividad estará en todo caso vinculada a sus contextos materiales e históricos, pero que entraña también un potencial creador en cuyo devenir se diferencia activamente de los vectores de predeterminación que venían estructurándolo. No se trata tampoco de una imagen *preestablecida* del sujeto. El sujeto no es una *constante* sino una *variable*; pero una variable

que en su relativa independencia, participa *intensamente* en la vertebración de su propio acontecer vital.

El sujeto es pues un protagonista móvil que vive en un continuo proceso de interacción con otros. Un sujeto que vive (des)envolviéndose en las relaciones con otros personajes. Constituye una unidad dinámica que vive (des)integrándose en el tiempo. Pero lo más importante es que dicho sujeto se concibe en una relación indisoluble con los cambios históricos y discursivos. El sujeto no cambia desde ninguna potestad subjetivista centrada ahistóricamente en sí misma, sino que por el contrario, el sujeto aún en su emergencia propia, *cambia junto con el mundo social*; pero lo hace no a la manera del reflejo isomórfico en el espejo (ni siquiera a la manera de la sombra de un cuerpo que se proyecta a contraluz sobre la pared), sino a la manera del *desfasaje creativo*; de la articulación imprevisible; del entrelazamiento vocal y corporal polifónico (que de algún modo encuentra en sus fugas y diferencias, precisamente, cierta conjunción o sentido unitario).

Acaso este sujeto es en efecto una *sombra* del mundo, pero una sombra muy parecida a la sombra de Peter Pan, que de pronto, se desprende de él y hace vida propia. Así lo narra J. M. Barrie (1911, 1971):

Lo que en aquel instante había pensado [...] era que él y su sombra, al volver a estar cerca, se unirían como una gota de agua a otra, y cuando vio que no era así, quedó aterrado. Trató de pegarse a su sombra con el jabón del cuarto de baño, pero esto también le falló. Peter Pan se estremeció violentamente y, sentándose en el suelo, se puso a llorar. Sus sollozos despertaron a Wendy, que se sentó en la cama [...].

Poco después Wendy logra coser la sombra a los pies de Peter Pan: “(...) y, a los pocos momentos, su sombra estaba correctamente unida a él, aunque un poco arrugada.” (pp. 27-29). Nadie supo sin embargo por cuánto tiempo se mantuvo esa precaria unión forzada por el hilo y la aguja de Wendy.

A partir del análisis crítico respecto a la llamada “novela de educación” y en la tesitura filosófica que caracteriza sus escritos, Bajtin señala:

El hombre se transforma *junto con el mundo*, refleja en sí el desarrollo histórico del mundo. El hombre no se ubica dentro de una época, sino sobre el límite entre dos épocas, en el punto de transición entre ambas. La transición se da dentro del hombre y a través del hombre. El héroe se ve obligado a ser un nuevo tipo de hombre, antes inexistente. Se trata precisamente del desarrollo de un hombre; la fuerza organizadora del futuro es aquí, por lo tanto, muy grande (se trata de un futuro histórico, no –solamente– de un futuro biográfico privado). Se están cambiando precisamente los fundamentos del mundo, y el hombre es forzado a transformarse junto con ellos (Bajtin, pp. 214-215).

Al parecer, Bajtin –que compartía por lo menos parcialmente cierto núcleo teórico común con Voloshinov y con Medvedev- (Voloshinov, V. N. 1929, 1992), piensa al sujeto en primera instancia como sujeto de conciencia y suscribiría la unidad de la conciencia como estructura verbal. La conciencia estará troquelada desde afuera, desde un exterior o entorno ideológico. No puede haber sujeto allí donde no haya signo ideológico. Pero sucede que el signo surge en el territorio de lo *interindividual* perteneciente a un ámbito que se organiza colectivamente. La conciencia individual entonces, constituye en principio un acontecimiento social e ideológico, que no se concibe desde ningún relativismo subjetivista descarnado, ni más allá de aquellas determinaciones signícas e históricas *previas*. El sujeto se constituye desde materiales signícos y su comunicación con los demás es ante todo de carácter ideológico. En la configuración subjetiva interviene pues, de manera fundamental, el conjunto de condiciones materiales y sociales de existencia y desde luego, las relaciones de clase. La realidad subjetiva dependerá por tanto de la actividad social; el sujeto será de inicio, producto de cierto *guión social* de carácter prescriptivo y programático. El sujeto surge y se mueve pues, de modo específico, en cierta correspondencia con el horizonte de la socialidad y de la lengua, que circunscriben el acontecimiento de la conciencia individual.

Ya Marx había afirmado el carácter social propio de lo humano. En los *Manuscritos Económicos y Filosóficos de 1844* (1844, 1988):

[...] de la misma manera que la propia sociedad produce al *hombre como hombre*, éste produce la sociedad. La actividad y el uso de sus frutos, tanto por su contenido como por *el modo de existencia*, revisten carácter *social*: la actividad social y el uso social. La esencia *humana* de la naturaleza existe sólo para el hombre social [...] Ahora bien, incluso cuando me ocupo en actividades *científicas*, etc., actividades que sólo en raros casos puedo desenvolver en sociedad directa con otros, incluso entonces me ocupo en actividades *sociales* porque procedo como hombre. No sólo se me ha dado, en calidad de producto social, el material para mi actividad –incluso el idioma en el que trabaja el pensador-, sino que también mi *propio* ser es actividad social; por eso, también lo que hago de mí lo hago de mí para la sociedad, puesto que soy consciente de que soy un ser social (p. 86).¹

Pero la reflexión bajtiniana no se detiene allí, porque junto a las determinaciones mencionadas, el autor concibe la posibilidad subjetiva de la mutación y la flexibilidad respecto al *programa* establecido. La conciencia subjetiva del hablante no permanece en una condición estática, pasiva o cosificada. La idea de *sujeto* se hace compleja por su capacidad de ruptura o refracción respecto a las prescripciones signícas. Se trata de la capacidad de acentuar variadamente, es decir, de *vitalizar-impugnar-en-conflicto*, la presencia de tales libretos socio-semiótico-discursivos, aún y

¹ Cursivas en el original.

cuando tal posibilidad no implique que la conciencia individual pueda *controlar* las redes sociales de codificación programática.

En palabras de Mariano Oropeza: “La presencia del medio ideológico sobredetermina el accionar de los sujetos y moldea una subjetividad en pos de la hegemonía. Sin embargo para la propuesta de Bajtin cada sentido, cada subjetividad, espera su fiesta de resurrección en el acontecimiento” (Oropeza, 2005, p. 6). Y es que si bien el sujeto lleva en su constitución la huella clave de la socialidad, Bajtin se opone a una perspectiva rígida en virtud de la cual aquellos vínculos sociales nieguen al sujeto su potencial transformativo y creador; así como su condición perceptiva irrepetible, al interior de la circunscripción ideológica en la que dicho sujeto vive como copartícipe (mediante la comunicación dialógica actual y actuante) de la construcción de realidades específicas.

Estas reflexiones –resulta pertinente subrayarlo– tienen una conexión de afinidad profunda con el pensamiento temprano de Marx (1844, 1988) quien señala:

En primer término cabe evitar que se vuelva a oponer la “sociedad”, como abstracción, al individuo. El individuo *es un ser social*. Por eso toda manifestación de su vida, incluso cuando no se presenta bajo la forma directa de manifestación colectiva de la vida que se realiza en unión de otros, *es una manifestación y una afirmación de la vida social [...]* Por eso, si el hombre es cierto individuo *particular* y precisamente su particularidad lo hace individuo y auténtico ser social *individual*, es en la misma medida *una totalidad*, la totalidad ideal, el ser subjetivo para sí de la sociedad concebible y sensible [...].²

Bajtin piensa en todo caso en un sujeto “que está sometido al medio ideológico pero que cuenta con las posibilidades de acentuar el tono de sus acciones bajo una afectación respondente” (Oropeza, M. 2005, p. 8). Se habla de un sujeto que trastoca el orden; que promueve una cultura no oficial; que involucra un porvenir incompleto; que reivindica su libertad en la tensión responsable-responsiva respecto al acontecer del mundo:

El problema de la subjetividad en Bajtin arranca con la asunción de que tanto el sujeto, el lenguaje, las axiologías, las motivaciones y las construcciones ideológicas son emergentes dialógicas y sociales que tienen su fuente en el encuentro de alteridades tanto externas como internas [...]. Ser significa comunicarse dice la jerga bajtiniana y afirma un hombre dentro de la intersubjetividad (idem, p. 9).

El sujeto será entonces una entidad co-participativa y co-generadora del mundo. El reconocimiento de la subjetividad individual ocurre al asumir responsablemente la presencia del otro en el *aconteSer* de la vida concreta. Así, la conformación del mundo visto como un *nosotros*, resulta un acto existencial ineludible. El sujeto en relación (dialógica) con otros, crea la realidad y con ello se crea –cada día– a sí mismo. Ese acto es *ético*

² Cursivas en el original.

porque aún en su singularidad, responde al acontecimiento vivenciado en la experiencia compartida (Bajtín, 1924, 1997). La vida social y el sujeto mismo, se comprenden pues a través de la dimensión ética de cada acto. Y si bien *cada acto* (en su cualidad de responsable) implica una condición más o menos personalizada y consistente, experimenta también (en su cualidad de responsivo) una afectación por la palabra del otro que lo hace *cambiar* constantemente. Esto significa que en el sujeto coexisten conflictivamente identidad y alteridad; pero en cualquier caso, el sujeto se afirmará como tal, cuando se reconozca como una instancia *responsable-responsiva* ante quienes lo rodean en la interacción.

Más aún, para Bajtín las acciones del sujeto, sus valores y emociones, así como sus preceptos científicos/políticos/estéticos/religiosos, emergen y se estabilizan relativamente sólo a través del acto ético: concienciar el mundo es ya una responsabilidad-responsividad ante los demás e implica un *compromiso en el nosotros*. Para Bajtín esto concierne en especial a los artistas, pues con la creación estética se promueven nuevas formas de concienciar (subjetivar) la realidad y por lo tanto, nuevas formas de recomponerla y de crearla.

No existe pues *coartada* o posibilidad de evadir tal compromiso concreto del yo con el otro en la praxis cotidiana y en el encuentro conflictivo-comunicativo entre conciencias. Sin embargo, en la realización de tal compromiso, el sujeto lejos de borrarse, se reafirma creativamente por su *tensión diferencial*, por su distancia comunicativa y por su respuesta singular e irrepetible ante sus interlocutores. “Yo no miro al mundo con mis propios ojos y desde mi interior –dice Bajtín- sino que yo me miro a mí mismo con los ojos del mundo...Desde mis ojos están mirando los ojos ajenos” (Bajtín, 1924, 1997, p. 147).

Bajtín defiende la especificidad subjetiva del ser humano en su situación histórico-concreta como la irreductible respuesta-responsable al otro y al mundo. Reconoce la subjetividad (frente a los ordenamientos socio-discursivos) como posibilidad (no trascendente) del acto ético-creador que participa con fuerza en la transformación del mundo. El sujeto en Bajtín reinaugura singularmente su propia vida, aún inmerso en las relaciones de prescripción discursiva que le impone el marco socio-cultural que lo invade; porque (dicho sujeto) vive *actualizándose* permanentemente por medio de la percepción novedosa y la incorporación afectiva y compleja de los otros a su propia existencia diaria. De cierta manera por tanto, el sujeto es *irrevocable*.

El sujeto en Bajtín existe y permanece como respuesta a la alteridad. Su enunciación es responsiva y tiene un *estilo propio* que sin embargo, *obedece* también a determinado *género discursivo*. Por eso el acto de la enunciación puede ser ético y estético al mismo tiempo. La eticidad del acto radica en que constituye un posicionamiento responsivo respecto al

otro, por medio de la palabra y el discurso. Pero de cualquier forma *el sujeto es autónomo en su enunciación y no se disuelve en ella.*

Contrario a interpretaciones postestructuralistas, para Bajtin el sujeto no desaparece en la textualidad, sino que se diferencia de ella por medio del sentido personal irreductible producido en la interlocución. El sujeto se afirma en la recepción-transformación-producción particular de lo enunciado por los otros en el dialogar; pero esa su *afirmación* no es neutral o inocua, sino que provoca consecuencias de orden conflictivo, que sustentan precisamente la condición dialógica (y permanentemente asimétrica) de la existencia humana. En un enfoque postestructuralista, los elementos de un diálogo serían forzados a cierta simetría; a cierta uniformidad, por quedar inapelablemente subsumidos en lo textual, en lo estrictamente discursivo.

Los interlocutores como *sujetos* se afirman también porque la palabra de uno no se fusiona nunca con la palabra del otro. La palabra ajena nunca se convierte en palabra propia. El sujeto se afirma como irreductible en el desacuerdo con el otro; es decir, en la ausencia de *acuerdo absoluto* o fusión total o síntesis interpersonal plena. Un sentido propio no puede nunca quedar subsumido (o unificado) en otro, porque *el sentido es una continua creación en acto a partir de lo ya dado.* El sujeto genera múltiples acentos y con ello, una entropía constante del discurso (esto se vincula a una visión que concibe lo ético como una especie de dinamismo irregular que no alcanza nunca resoluciones finales. Se trata de una permanente inestabilidad intersubjetiva producida por la puesta en acto del lenguaje; es decir, por la realización pragmática del lenguaje a través de los diferentes *géneros discursivos*).

En opinión de Hugo Mancuso (2005, pp. 72-73):

De distintas maneras Bachtin sostiene que, por más que seamos seres atravesados por discursos complejos, por más que seamos un texto compuesto, existe algo, una cierta *afección estilística* [...] que es el sujeto. El sujeto no se disuelve totalmente en un sujeto colectivo, sino que es simultáneamente un emergente y un excedente.

Y continúa:

Cuando cierto posmodernismo afirma que no hay un texto personal y que no hay un sujeto personal, en realidad naturaliza otro texto; una especie de hipertexto que es tan natural que no lo vemos. Mientras que Bachtin postula que *los textos individuales aún contaminados, agonísticos, tensos, de alguna manera permanecen.*

En consecuencia, la condición conflictiva del encuentro verbal-enunciativo se mantiene actuante, porque la palabra ajena no se diluye nunca totalmente. Pero además la enunciación ajena en el diálogo, se recibe mediante una *percepción activa* interna y valorativa:

El que percibe el enunciado ajeno [escribe ahora Voloshinov] no es un ser mudo, privado de palabra, sino un hombre pleno de discursos internos. Todas sus vivencias –el llamado fondo aperceptivo– se manifiestan en el lenguaje de su discurso interno y sólo en esta medida se relacionan con el discurso externo expreso. La palabra roza la palabra. En el contexto de este discurso interno se lleva precisamente a cabo la percepción del enunciado ajeno, su comprensión y valoración, es decir, la orientación activa del hablante (Voloshinov, V. N. 1929, 1992, p. 159).

Bajtin se opone a una noción general de verdad. Ninguna universalidad borra o elimina la diferencia. Concibe en cambio una noción de verdad-significativa, que es histórica, específica, irrepetible, porque añade determinado sentido propio o único a la realización del acto en relación con los demás. En efecto, el acto ético de Bajtin, supone siempre un momento que escapa a toda prescripción o condicionamiento discursivo. Se realiza ante y por los otros; está abierto a la figura del *tercero* en determinado contexto. No obstante, el acto ético no involucra para Bajtin una afirmación general sino una afirmación inter-individual y situada, aunque ineludible. El acto deviene ético cuando involucra la réplica y se abre al tercero, en una relación que reivindica al sujeto personal mismo, en tanto perspectiva parcial y tonalidad específica, que habla con sentidos propios para promover a su vez otras respuestas; es decir, otras voces-conciencias que participan en la interlocución. Con su filosofía del acto ético, Bajtin defiende la irreductibilidad de la parte subjetiva, aunque al mismo tiempo argumente que dicha parte subjetiva esté atravesada (conflictiva, dialógicamente) por la socialidad.

El problema de la comunicación

La idea de la comunicación es muy importante para Bajtin. *Comunicarse* tiene una proyección no sólo interpersonal o intercultural, como fenómeno de conciencia, sino que constituye una condición clave para la interpretación de la realidad misma en su devenir. Conocer el mundo pasa ineludiblemente por el prisma problemático de la comunicación. Lo que sucede es que, simultáneamente a lo dicho, todo proceso comunicativo es necesariamente *fallido*, por su imperfección y por su carácter perverso: mientras más ambiguo es un mensaje, mayor será su potencial informativo. La paradoja es que la comunicación lleva en su condición defectuosa, sus mayores valores y posibilidades informativas. Por tanto, será la incompletud, la discontinuidad, la intermitencia del mensaje (y no lo contrario) lo que promueva la persistencia digamos, *sistémica* de la comunicación.

Todo proceso comunicativo involucra una tensión que se produce entre la tendencia (diacrónica) a conservar y transmitir complejos conjuntos informativos, y la ruptura o falla (sincrónica) en virtud de la cual se genera información *alterada* y nueva, que traiciona, pervierte

aquella tendencia a perpetuar tales acumulaciones de información. Tan importante es un momento como el otro. La cuestión es que los patrones comunicativo-culturales (que producen repetición de mensajes –es decir que reproducen la vida discursiva- y conservan regularidades de relación) han de experimentar diversas fracturas o momentos *abiertos* de producción de diferencia en el curso de su propensión repetitiva. Gracias a estas variaciones los patrones comunicativos perduran y mantienen su relativa *vitalidad*; porque su despliegue deja de ser lineal, monótono o unívoco.

La información contenida en tales patrones comunicativos logra conservarse y transmitirse pues, al pagar el precio de soportar las fracturas, rompimientos o variaciones sincrónicas, que modifican a los patrones mismos, se garantiza con ello su propio mantenimiento. Lo interesante es que en sentido contrario la reflexión también es válida: es gracias a la existencia y al movimiento expansivo de los patrones de comunicación que se crean las condiciones de posibilidad para el surgimiento de la fractura o de la diferencia creativa. La repetición es la que permite, fomenta o promueve la diferencia.

Sin embargo y a pesar de lo anterior, para Bajtin habrá momentos estéticos irreductibles de irrupción creativa de la diferencia que desgarran sin remedio los patrones de la reiteración hegemónica en la comunicación. Dicho de otro modo: si bien existe a nivel socio-cultural un conjunto de prácticas discursivas dirigidas a la conservación de patrones comunicativos en sus regularidades ideológicas, habrá también, concomitantemente, prácticas de personalización de lo discursivo que tienden al desmontaje de la regularidad misma.

En este tema Mancuso (2005) apunta que

[...] los sujetos están atravesados por patrones repetitivos y simultáneamente por tendencias a la individualización o idiosincrasia enunciativa. Los sujetos enunciadores permanentemente buscan su individualización textual, pero la realizan haciéndose cargo de alguna manera o llevando con sí o padeciendo –más allá de su decisión, conciencia o voluntad- los patrones colectivos (p. 50).

Será el artista en su producción estética quien mejor pueda ejemplificar la situación descrita. La irrupción estética no se resigna a tolerar la expansión reiterativa de patrones de comunicación, aunque viva cruzada por ellos; porque la hegemonía, por masificada que pueda estar, no alcanza nunca un carácter absoluto.

De todo esto se deriva que cualquier sistema más o menos extendido de prácticas discursivas sólo puede conservarse y transmitirse en la medida en que logre crear prácticas disidentes o prácticas de resistencia. La oposición, la otredad, es necesaria para cualquier delineamiento cultural o subjetivo. Un mensaje sólo se transmite articulándose con los *contra-mensajes*. Una información adquiere sentido de pertinencia sólo en

su contraste (explícito o implícito) con aspectos o contenidos que tienden a negarla o contradecirla. Cada enunciación cobra sentido en la medida en que detenta un carácter *responsivo* ante aquello que es lo opuesto o lo distinto, anterior o posterior. No hay información sin contra-información. Toda veracidad presupone la no-veracidad. Será precisamente el *otro* (que de algún modo es un *rival*) quien negará la veracidad de cualquier formulación al momento de cuestionarla, de problematizarla, de *desnaturalizarla*. Pero paradójicamente, es gracias a ello que dicha formulación adquiere *sentido*. Bajtinianamente, es la *otredad* la que permite al sujeto tomar conciencia de sí mismo y acaso, todo aquello que se comunica, lo hace a partir de la posibilidad implícita o explícita de su refutación.

Por eso es que la conciencia individual no puede ser una entidad sustancial o permanente en un presunto aislamiento, sino una *emergencia* (autónoma y potencialmente creativa) de la colectividad en conflicto. Lo que sucede en la comunicación dialógica es que no se puede enunciar nada personal si no es desde determinado ámbito discursivo dado, digamos, *externo* al yo; ámbito discursivo externo que sin embargo, es *negado* (problematizado, cuestionado, historizado) *por la emergencia de dicha enunciación personal*, es decir, por el sentido subjetivo irreplicable que se produce en tal enunciación. Esta ruptura provocada por el sentido subjetivo personalizado en la enunciación, constituye, claro está, la desnaturalización de la hegemonía discursiva, lo que quiere decir también, la desnaturalización de la realidad misma. La comunicación entonces no es un reflejo isomórfico de la realidad transmitido en el mensaje; sino una refracción, una descomposición productiva de lo real, que necesariamente *altera* el mensaje (lo cual significa: *todo mensaje lleva la impronta de la alteridad*).

La perspectiva bajtiniana modifica o altera pues el modelo comunicativo tradicional dominante en virtud del cual, el emisor y el receptor del proceso de comunicación han de contar con un mínimo de *homogeneidad* para poder entenderse. A contrapelo de ese postulado, Bajtin sugiere que será más bien el *malentendido* lo que generará efectos de comunicación. La comprensión que ocurra entre emisor y receptor será siempre limitada y estará relacionada con circunstancias específicas. Paradójicamente otra vez, el núcleo promotor fundamental de la comunicación será la incomunicación. Es necesaria (es imprescindible) la incomunicación para que haya comunicación. Comunicarse resulta posible sólo a partir de la excedencia de la incomunicación o de la *pérdida* (porque lo que se comunica es un *mínimo* de todo lo que podría llegar a ser comunicado) y siempre en condiciones de *asimetría* en los hablantes.

Aún así, un fenómeno comunicativo implica por lo menos, dos conciencias, digamos, una relación entre dos sujetos. Cuando un mensaje se impone unívocamente, es decir, cuando un planteamiento se petrifica y

se estabiliza, lo que ocurre es que se ha manifestado una relación sujeto-objeto; no una relación entre dos sujetos. Esto tiende a suceder en los planteamientos de pretensión *científica*. El sistema científico (positivista, excluyente, dominante) presupone cierta imposición de una *palabra ajena*, que se instala como respuesta que suprime en mayor o menor medida, la aparición de nuevas preguntas (de preguntas extra-sistémicas). Recuérdese las exigencias y regulaciones que un sistema científico impone a las preguntas para que puedan ser aceptadas en el propio dispositivo científico. Por tanto la ciencia como sistema, no suele reconocerse en el encuentro entre conciencias, en el ámbito intersubjetivo; es decir, no se abre a la comunicación. En cambio el arte, el texto artístico, habrá de potenciar ineludiblemente el momento comunicativo (Medvedev, 1928, 1994, p. 47).

Para Bajtin tanto los significados (sociales) como los propios sujetos en su especificidad, *se actualizan* en el proceso de comunicación. La enunciación comunicativa conlleva determinado posicionamiento respecto a los planteamientos del otro. Ante elementos discursivos e ideológicos ya dados, el hablante con su enunciación reitera el *yo también soy*. Esto significa que a partir de lo dado, con ello o contra ello, el sujeto genera enunciados como respuesta diferente e irrepetible por su situación específica. Enunciar algo es posicionarse -en determinado entretejido de relaciones- ante lo ajeno. Dicho posicionamiento nunca es inocuo, siempre afecta (de una u otra forma, en mayor o menor grado, antes o después) a otras personas involucradas en el proceso comunicativo. Enunciar es ya responder y su realización provoca nuevas enunciaciones. Las consecuencias del enunciado resultan ineludibles: tanto las del enunciado dominante (reproducción social) como las del marginal (posibilidad alterna); aunque desde luego, nunca unas consecuencias y otras podrán igualarse en magnitud, importancia o significación política.

Pero aquí de lo que se trata es de ver la enunciación como la forma en que se manifiesta una *tensión clave*, por involucrar en su realización misma otros ámbitos enunciativos posibles. El acto comunicativo expresa el contacto y la intersección fragmentaria de un plexo existencial con otros posibles. Una mutua y desigual incursión en los terrenos ajenos para generar *diferendos*. Los ámbitos enunciativos que se comunican mantendrán todavía cierta *impenetrabilidad*, cierto *carácter propio*; no porque no logren entenderse, sino precisamente al contrario: porque han logrado entenderse. Al respecto Mancuso propone un magnífico ejemplo:

No es que el capitalista y el anarcocomunista no se ponen de acuerdo porque no se entienden; justamente, no se ponen de acuerdo porque se entienden [...] Ellos no están de acuerdo: uno acepta la acumulación de la propiedad privada y la plusvalía, y el otro desea que eso no ocurra; son impenetrables porque se entienden. Son impenetrables en el sentido de que son irreductibles, contrarios (Mancuso, 2005, pp. 203-204).

Lo que ocurre en la concepción bajtiniana es que cada vez que haya una enunciación, habrá una *diferencia*. Porque al enunciar, el sujeto afirma al mismo tiempo el *yo también soy*, aún y cuando lo haga transido por los vectores discursivos de reproducción social que lo fijan, lo modelan y lo estructuran de cierta manera. Por lo mismo, cada vez que haya enunciación habrá un diferendo, un conflicto por la irreductibilidad de las partes; por la relativa impenetrabilidad auto-afirmativa de los hablantes en el encuentro. Si el entendimiento en la comunicación es posible (esto es, eludir parcialmente el conflicto por la delimitación más o menos consensuada de un ámbito u objeto a tratar, al tiempo que se renuncia a cierta especificidad enunciativa), dicho entendimiento mutuo nunca podrá ser total o perfecto (porque siempre estará presente la posibilidad del conflicto mismo en su reactivación).

La comunicación es posible pues, pero en términos de complejidad, diversidad y asimetría. Comunicarse no presupone la absolutización del acuerdo. Bajtin impugna la idea del consenso absoluto o estratégico como ideal de la comunicación y como imperativo práctico a obedecer: se niega a suponer o asumir, que arribar a un consenso es un mandato que debe cumplirse a ultranza. Reconoce la posibilidad del consenso, pero sin borrar la diferencia irreductible. Precisamente, la expresión de la diferencia será la condición necesaria de la enunciación responsable. El enunciado tendrá pues dos dimensiones: por un lado es acentuado, irrepetible, subjetivo, implica un posicionamiento propio, implica una diferencia, una idiosincrasia, una propensión al diálogo, y por todo ello, una cierta responsabilidad personal; pero por otro lado el enunciado es discursivo, repetitivo, apegado a la objetividad, implica cierto acuerdo o consenso, cierta reproducibilidad social, cierta renuncia a la idiosincrasia, cierta propensión al monólogo y por ello, fomenta cierta irresponsabilidad (por no producir diferendo). Enunciar será entonces, un *cumplir-transgrediendo*. Pero en cualquier circunstancia la comunicación podrá aparecer: tanto en el consenso –dirigido al significado impersonal o *transubjetivo*– como en el conflicto –orientado al sentido subjetivo irrepetible.

El sujeto y los géneros discursivos

El género discursivo –que para Bajtin (1982, 2005) concierne no sólo al ámbito estrictamente literario sino también al de la enunciación en su multiplicidad– se constituye como una especie de *intermediario* entre el habla individual y el sistema lingüístico-discursivo total en el que se ubica el sujeto. Alude a la idea de mediación-conciliación-intercesión entre la expresión personal y las tradiciones prescriptivas de orden colectivo que actúan en la determinación de tales expresiones personales. Si el sistema lingüístico discursivo total tiende a la uniformidad reproductiva en la realización del habla, la personalización de lo que se dice tiende a la especificidad expresiva irrepetible.

Justamente el género discursivo es la instancia que conjura el carácter absoluto de ambos polos. Todo lo que una persona dice, se adscribe de alguna manera a una instancia genérica. Su expresión individual e irreplicable constituye la realización pragmática del género en cuestión. Desde luego, ningún hablante puede dominar del todo los géneros discursivos. No obstante, cuando se le habla a alguien, necesariamente se presupone una u otra capacidad socio-lingüística del otro interlocutor, que le permita entender lo que se le dice. Se involucra una ponderación (más o menos instantánea, más o menos consciente) sobre los niveles y competencias lingüísticas del interlocutor; aparte de que, por supuesto, el hablante mismo configura también su expresión desde determinado conjunto de condiciones discursivas concretas. Quien mejor pueda expresarse de diferentes maneras –esto es, desde diferentes géneros discursivos- será quien detente mayores competencias en el ejercicio del discurso.

Por otro lado la utilización de uno u otro género discursivo dependerá del contexto comunicativo particular. Toda enunciación remite pues para Bajtin a un género discursivo: la enunciación personal, aún en sus variaciones, se asocia a determinado macro-texto (genérico) que indica o prescribe su presentación y su funcionamiento en la interacción. Dicho macro-texto fija el rótulo –más o menos formalizado- bajo el cual se ha de producir el enunciado correspondiente. Se trata de situaciones culturales relativamente delineadas y autónomas, que condicionan las maneras específicas de actuar y hablar en cada caso; y que suelen *naturalizarse* en la vida social, porque además, tales situaciones, sustentan cierta acumulación de sentidos (acumulación nunca estática, pero influyente) que predispone las formas expresivas y las prácticas involucradas en uno u otro encuentro dialógico.

El género discursivo es entonces algo así como un espacio transicional; como un filtro cultural-discursivo por cuyo interior transitan las expresiones personalizadas para amoldarse (aunque nunca de modo definitivo) a las instrucciones formalizantes del sistema. Al mismo tiempo, el género es la instancia por donde pasan en sentido contrario, esas mismas instrucciones formalizantes del sistema total, tendientes a establecer uniformidad en las distintas expresiones personalizadas de los individuos que hablan. El género discursivo es el espacio de regularización-des-regularización de la expresividad propia en el hablar.

Según Bajtin, la enunciación singular pertenece a una u otra esfera de la praxis y la comunicación humana. Lo que se enuncia revela entonces condiciones específicas que pautan de algún modo dicha enunciación en términos de contenido temático, estilo verbal, recursos fraseológicos y composición funcional. “Cada enunciado separado –apunta Bajtin- es, por supuesto, individual, pero cada esfera del uso de la lengua elabora sus tipos relativamente estables de enunciados, a los que denominamos

géneros discursivos” (Bajtin, 1982, 2005, p. 248). Se trata de un ámbito discursivo-experiencial limitado, de orden colectivo, que precede (pero no subsume totalmente) a la creación verbal individualizada. Esto significa que si bien la creación verbal irreplicable del sujeto conlleva cierta ruptura, cierta desobediencia, cierta des-automatización sincrónica respecto a las grandes prescripciones discursivas de la socialidad, dicha creación verbal irreplicable sólo puede producirse (sin menoscabo de su importancia) como una réplica o respuesta (polémica) a las instrucciones totales del mandato cultural.

El género discursivo se revela entonces como una instancia socio-perceptiva, como una serie de hábitos lingüístico-pragmáticos que configura un *prisma* situado entre la experiencia idiosincrásica personalizada y las instrucciones suprasubjetivas y estructurales de la generalidad. Su función es organizativa respecto a la vertebración *pertinente* de las interacciones en la vida social. Tiene carácter programático. Pero además su emergencia, permanencia y transformación dependen de la concomitancia misma, siempre diferenciada, entre lo individual y lo general. Constituye algo así como un campo de batalla no conquistado por las fuerzas contrarias enfrentadas en él; pero fundamental para entender los avatares del propio enfrentamiento. El género vive y actúa en el presente, en el *aquí* y el *ahora*, pero lo hace *recordando* constantemente su pasado, es decir, invocando el *allá* y el *entonces*.

La instancia genérica es pues un *modo* de operar discursivamente entre la homogeneidad socio-lingüística y la heterogeneidad imprevisible de las expresiones subjetivas. Ante la tendencia de la socialidad a instalar y mantener como perdurables unas u otras formas expresivas; ante la *codificación* interminable de la vida colectiva e individual, el sujeto propende una y otra vez, a la re-semantización particular de sus componentes existenciales. Ante la esquematización enunciativa (o modelización actitudinal) de la vida cotidiana; es decir, ante la aceptación impensada, acrítica, cuasi-pasiva por parte del individuo, de formas de hablar, sentir y actuar prescritas *canónicamente* (el uso de muletillas, la utilización de determinados estilos reproducidos sin el menor extrañamiento, la asunción de normas y estereotipos al hablar, la repetición ideológica de valores y emociones estándar) el propio sujeto puede llegar a lograr una activación de la producción discursiva propia, y promover un desgarramiento de la hegemonía, por medio del alzamiento de la voz personalizada.

El sujeto entonces puede reflexionar y sentir diferenciadamente, generar un *sentido* específico y nuevo y con ello, asumir una responsabilidad en la comunicación dialógica. Pero claro está, el desmantelamiento subjetivo *actual* de tales estructuraciones previas requiere la posibilidad de tomar una distancia crítica, de carácter

exotópico, respecto a esos contenidos. Se trata pues de la capacidad íntima para *abandonar* momentáneamente sus propios vectores de determinación socio-enunciativa y axiológica; la capacidad de *salir* (nunca totalmente) del dispositivo general de canonización expresiva, para observar *desde afuera* (entiéndase, desde una posición fronteriza) todos aquellos aspectos, temas o sentidos preexistentes y poder deconstruirlos inusitadamente (lo que significa de alguna manera *huir de sí mismo*). Este ejercicio exotópico o de *extraposición* constituye un momento importante en el proceso *arquitectónico* (siempre inacabado) de la identidad.

Los géneros discursivos se estabilizan intersubjetivamente. Mantienen cierta unidad dinámica. La enunciación entonces (y también la *recepción*) es general y particular al mismo tiempo. Bajtin (1982, 2005) argumenta:

Todo enunciado, oral o escrito [...] en cualquier esfera de la comunicación discursiva, es individual y por lo tanto puede reflejar la individualidad del hablante (o del escritor), es decir, puede poseer un estilo individual. Pero no todos los géneros son igualmente susceptibles a semejante reflejo de la individualidad del hablante en el lenguaje del enunciado, es decir, no todos se prestan a absorber un estilo individual. Los más productivos en este sentido son los géneros literarios: en ellos un estilo individual forma parte del propósito mismo del enunciado [...] Las condiciones menos favorecedoras para el reflejo de lo individual en el lenguaje existen en aquellos géneros discursivos que requieren formas estandarizadas, por ejemplo, en muchos tipos de documentos oficiales, en las órdenes militares, en las señales verbales, en el trabajo, etc. (pp. 251-252).

Pero si ocurre que toda enunciación se realiza por medio o a través de algún género discursivo, entonces el género funge de determinada manera como una *máscara enunciativa* que adopta el hablante. Máscara enunciativo-social que sin embargo no puede borrar del todo el rostro subjetivo (el *rostro vocal*) del portador (ese rostro con voz propia del hablante se transfigura, pero *pervive*: el rostro se pierde *ma non troppo*, digamos, se pierde *pero no demasiado*).

Los géneros discursivos (orales y escritos) articulan una extrema heterogeneidad. Conciernen tanto al diálogo cotidiano -en su enorme diversidad- como al relato común; las cartas y mensajes diarios; las órdenes y oficios específicos del funcionamiento institucional, etc. Conforman un conjunto de enunciados de naturaleza verbal *común* que se distinguen de otros tipos enunciativos y que involucran por ejemplo, la reproducción de unas u otras actitudes más o menos estabilizadas entre los participantes. Los géneros instauran el momento de la *socialización interna* en la comunicación discursiva. Así, todo género surgirá y será modificado por la confluencia de tres grandes elementos: a) determinada función social a cumplir -por ejemplo de carácter periodístico, técnico, científico, jurídico, etc.-; b) una serie de condiciones intersubjetivas específicas para cierto ámbito comunicativo en acción y c) la propia

intención del autor o voluntad discursiva del hablante en situación, que implica una carga compleja de expresividad emotiva. Este último aspecto no es menor; constituye una dimensión que tiene la posibilidad de incidir de modo fundamental en la realización específica de la comunicación verbal, en su plasticidad, en su dinamismo y en sus re-acentuaciones personalizadas.

No obstante y a pesar de todo lo anterior, la pregunta por el papel específico de los *códigos* como programas pragmáticos en la determinación de unas u otras enunciaciones y prácticas sociales sigue viva también. El código asegura la repetición de formas enunciativas en el tiempo hasta la automatización, aún y cuando enfrente ciertas rupturas vinculadas a la posibilidad subversiva del sujeto. Pero en todo caso el código tiende a la trascendencia histórica; a la acumulación persistente de prácticas discursivas. El código instala determinado espesor *objetivo* en la vida social y constituye un *vehículo programático poderoso* para la inducción de unas u otras conductas y formas de relacionarse en contextos históricos particulares. Pero además, el código como conjunto de textos prescriptivos, es el que decide sobre la validez, pertinencia, adecuación o veracidad de las afirmaciones y las prácticas de convivencia colectiva, ubicadas en tiempos y espacios puntuales.

Sin duda Bajtin asume la existencia clave de códigos que pautan el comportamiento verbal más allá de la actividad consciente-voluntaria del sujeto; sujeto al que también reconoce en la variación responsiva de dichos textos dominantes, en la des-automatización de lo dado; es decir, en la posibilidad del extrañamiento o diferenciación respecto a tales vectores de formalización enunciativa. Los códigos sin embargo perduran como *activa-memoria-discursiva* (a pesar de la entropía constante); como tradición articulada en los hábitos verbales, en las inercias reproductivas de las prácticas de relación social, en la tendencia a la *naturalización* de los saberes. Pero entonces, ¿cómo explorar el movimiento extensivo de los códigos, su institucionalización y así mismo, la posibilidad contraria de promover rupturas sincrónicas que lo *desautoricen*, en el ejercicio cotidiano de la interacción discursiva? ¿Cómo pensar el código, su reproducibilidad social y las relaciones de fuerza que lo imbrican, fuera de una visión esencialista o apriorística del mundo? Tal conjunto de cuestiones, tendrán que abordarse, por su importancia, en otro momento de reflexión.

Referencias

- Bajtin, M. (1982). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI, 2005.
- Bajtin, M. (1924). *Hacia una filosofía del acto ético*. Barcelona: Anthropos, 1997.
- Barrie, J. M. (1911). *Peter Pan y Wendy*. La Habana: Gente Nueva, 1971.

- Mancuso, H. (2005). *La palabra viva. Teoría verbal y discursiva de Michail Bachtin*. Buenos Aires: Paidós.
- Marx, K. (1844). *Manuscritos Económicos y Filosóficos de 1844*. Moscú: Progreso, 1988.
- Medvedev, P. N. (1928). *El método formal en los estudios literarios*. Madrid: Alianza, 1994.
- Oropeza, M. (2005). La cuestión del sujeto en Bajtin. Por una teoría responsable y no-subjetiva del sujeto. *AdVersus* Año II, N° 4, p. 6. Disponible en: http://www.adversus.org/indice/nro4/articulos/articulo_oropeza.htm
- Voloshinov, V. N. (1929). *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Madrid: Alianza, 1992.
-

Fecha de recepción: 26 de enero 2014

Fecha de aceptación: 19 de enero 2015